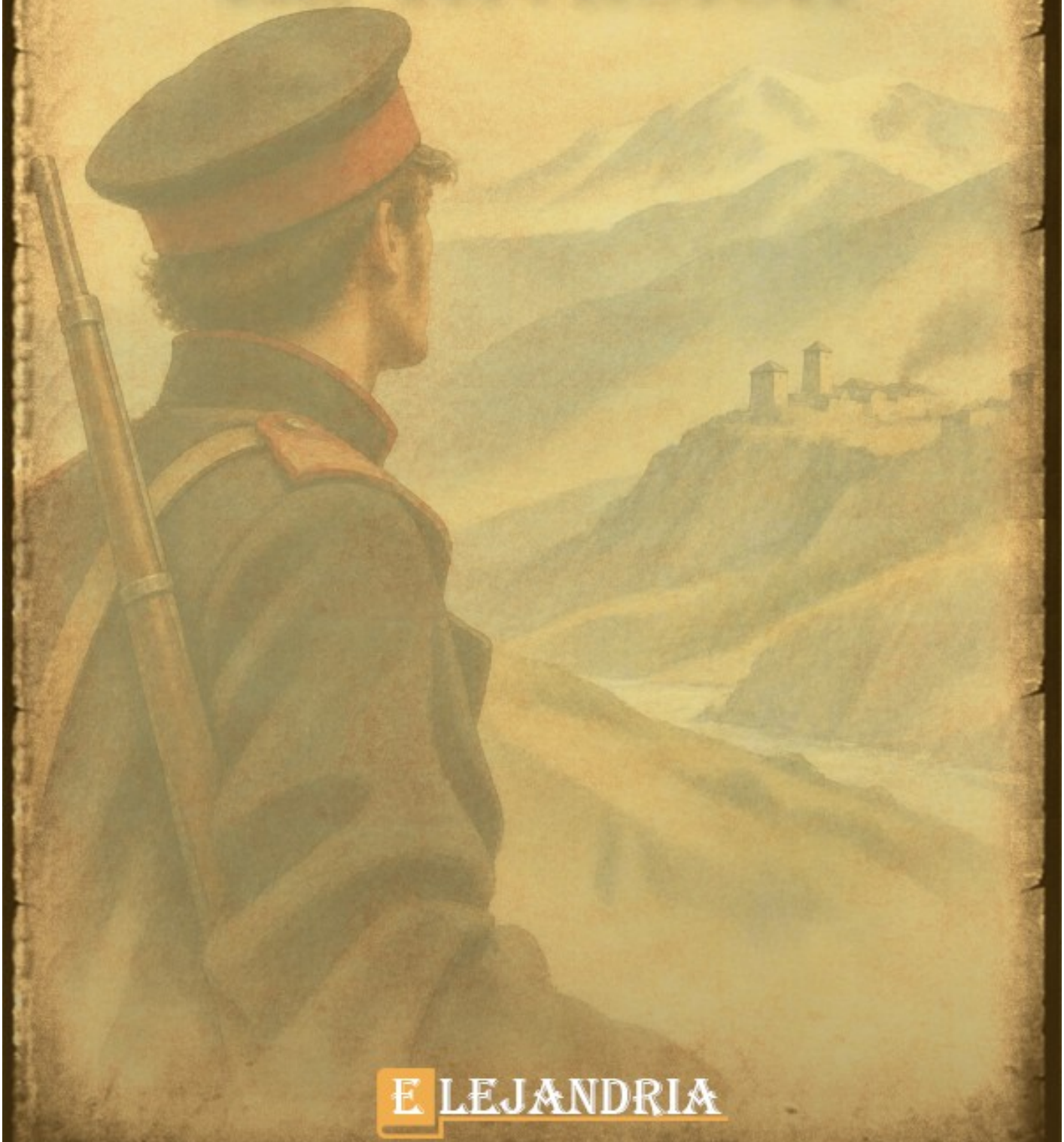
León Tolstói

La Invasión



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

La invasión

León Tolstói

Publicado: 1853
Fuente: archive.org
Traducción: Anónimo
Edición original: Obras completas, t. III (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905)

I. El capitán Padrenka

El 12 de julio se presentó a la puerta de mi cabaña el capitán Kalopov con sable y charreteras, uniforme que yo nunca le había visto todavía.

—Vengo de casa del coronel y mañana sale nuestro batallón,—dijo en respuesta a la mirada interrogadora que le dirigí al recibirle.

—¿Y dónde va el batallón?—pregunté.

—A N. N… Allí está ordenada la concentración de tropas.

—¿Probablemente saldréis luego de operaciones?

—Con seguridad.

—¿Y dónde será eso?

—No sé; os comunico cuanto sé sobre el particular. Ayer llegó un tártaro enviado por el general con la orden de ponernos en marcha con provisiones para dos días… ¿Que a dónde, ni por qué? Eso, amigo, no se pregunta. Nos mandan salir y obedecer es la ley.

—Sin embargo, el hecho de que la tropa no se provea más que para dos días, indica que no os harán andar más tiempo.

—¡Oh! Eso nada significa…

—¿Cómo que no?—pregunté extrañado.

—Cuando fuimos a Darghui no teníamos provisiones más que para una semana y estuvimos allá casi un mes.

—¿Podría yo acompañaros?—pregunté tras un corto silencio.

—Podéis venir; pero yo os aconsejaría quedaros. ¿Para qué exponerse?…

—No; permitidme que no siga vuestros consejos. Hace un mes que estoy aquí esperando la ocasión que se me presenta ahora, ¿y queréis que la deje escapar?

—Bueno, como queráis; pero creo que haríais mejor en quedaros. Vos nos esperáis aquí entregado a esas excursiones cinegéticas que tanto os entusiasman, mientras nosotros, con la ayuda de Dios, nos vamos a la guerra. Eso será lo mejor,—dijo con aire de convencimiento que no pudo menos de satisfacerme. Sin embargo, le contesté resueltamente que no rendía mi voluntad a ningún precio.

—¿Y qué veréis allá?—prosiguió el capitán pretendiendo aún convencerme.—Si queréis conocer los modos de combate que existen, estudiad *Las descripciones de la guerra*, de Mikhailovski-Danilevski, hermoso libro en el cual se pintan al detalle la posición de los diferentes cuerpos y formas de batalla.

—Pero, eso es precisamente lo que no me interesa,—repuse.

—¿Entonces, qué pretendéis? ¿Ver solamente cómo se matan los hombres? Mirad, el año 52 teníamos un voluntario, de origen español, si mal no recuerdo, que, con su gran capa azul al hombro, hizo con nosotros dos largas campañas. Por fin murió, el pobre, en uno de los combates. En esto no tiene la suerte miramientos…

A pesar de la vergüenza que me causó la mala interpretación que el capitán daba a mis deseos, no quise disuadirle de ella siquiera.

—¿Y era valiente el muchacho?—pregunté.

—¡Válgame Dios!… Era siempre de los primeros en atacar al enemigo, y se le hallaba siempre donde se combatía con más violencia.

—Era un héroe,—añadí.

—No; no, señor. No es héroe quien se pone en peligro sin necesidad.

—Entonces, ¿a quién concedéis tan hermoso calificativo?

—¡Héroe! ¡Héroe!—repetía el capitán como un hombre a quien se presenta por vez primera tan difícil problema.—*Héroe es aquel que obra siempre como más conviene*,—dijo tras breve reflexión.

Luego recordé que Platón ha definido la bravura diciendo que es: *Conocimiento de lo que hay que temer y de lo que no se debe temer*, y no obstante lo vulgar de la definición del capitán, pensé que no se diferenciaban quizás la una de la otra tanto como a simple vista parece, y que hasta la definición del capitán era más precisa que la del filósofo griego; pues de haberse podido explicar con la facilidad de Platón, seguramente la hubiera expresado diciendo: Es héroe aquel que teme *lo que hay que temer* y no teme *lo que no se debe temer*.

Yo quise explicar mi pensamiento al capitán.

—Sí,—le dije,—me parece que hasta en el peligro existe el derecho de elección. Y cuando, por ejemplo, se elige el camino del peligro llevado por un sentimiento de deber, es bravura; pero cuando se hace bajo la influencia de un sentimiento inferior, es comodidad. De ahí que no pueda llamarse valiente al hombre que por ambición, curiosidad o avaricia pone su vida en peligro y, por el contrario, no es cobarde aquel que se aleja del peligro influido por un sentimiento honrado, como lo es el deber para con su familia o bien la propia conservación.

Mientras hablaba, mirábame el capitán con expresión extraña.

—¡Oh! ya sé que me es imposible discutir con vos,—dijo cargando la pipa.—Pero en mi regimiento hay un alférez que gusta de filosofar y con ese podríais tratar del asunto. ¡Hasta escribe versos!

Había conocido yo al capitán en el mismo Cáucaso, aunque ya habíanme contado en Rusia muchas cosas de él. Su madre, María Ivanovna Kalopova, tenía una propiedad situada a dos *verstas* de la mía y en ella habitaba.

Antes de partir para el Cáucaso, fui a visitarla. La anciana llenose de contento al pensar que yo podría ver a su Padrenka, como llamaban al capitán de cabello canoso, y que podría darle noticias de su modo de vivir, de su estado de salud, y hasta entregarle un paquetito.

Después de obsequiarme con *pâté de foie de volailles*, María Ivanovna entró en su alcoba, de donde salió luego con un hermoso reliquiario, grande, negro y colgando de una cinta de seda del mismo color.

—He ahí a nuestra Madre amorosa,—dijo besando la cruz y la imagen de la madre de Dios, mientras me lo ponía en las manos.—Tened la bondad, *padrecito*, de entregarle esto. Cuando marchó al Cáucaso hice un acto de acción de gracias, prometiendo que si salía con bien mandaría hacer esta imagen de la excelsa Madona. Hace ya dieciocho años que la Protectora y los Santos miran por él y ni una sola vez ha sido herido, no obstante los reñidos combates en que ha tomado parte. Cuando me lo contó Mikhailov que le acompañó en algunos, creed que los pelos se me pusieron de punta. Cuántas noticias tengo de él, me son dadas por gente extraña, porque él no quiere contarme sus campañas, ¡mi palomito!… Teme que me asuste.

En el Cáucaso me enteré, aunque no por el mismo capitán, de que había recibido heridas de gravedad en cuatro encuentros diferentes; pero, como era muy natural, nada quería decir a su madre de sus heridas ni de sus campañas.

—Decidle que se ponga en el pecho esa reliquia sagrada,—continuó,—con ella le bendigo. La santa Protectora le guardará. Encargadle que sobre todo no la olvide cuando entre en batalla. Se lo diréis… ¿No es cierto, *padre*? Decidle que es su madre quien se lo ordena.

Por mi parte ofrecí cumplir rigurosamente la misión.

—Tengo la convicción de que os agradará el carácter de mi Padrenka,—añadió.—¡Es tan bueno! No pasa un año sin que me envíe dinero. También ayuda mucho a mi hija mayor, ¡y todo eso con sus cortos haberes!—Y con los ojos bañados en lágrimas, dijo: —A todas horas doy gracias a Dios por un hijo tan bueno como me ha dado.

—¿Le escribe a usted con frecuencia?—le pregunté.

—Raramente; puede que una vez al año. Cuando me envía el regalo siempre añade cuatro letras: «Mamá, si no le escribo es porque estoy bien y Dios me guarda del peligro. Caso de ocurrirme algo ya escribirían sin mi permiso…»

Cuando entregué al capitán el regalo de su madre estábamos en mi casa, y pidiéndome un pedazo de papel envolvió en él cuidadosamente el reliquiario y lo guardó. Contele con todo género de detalles la vida de su madre; el capitán escuchábame en silencio. Al terminar mi habladuría, fuese a un rincón donde permaneció bastante rato arreglando su pipa.

—¡Ah, sí, viejecita mía, Dios permitirá que volvamos a vernos!—murmuró desde el rincón con voz entrecortada.

En estas sencillas palabras se encerraba todo su amor y toda su inmensa tristeza.

—¿Por qué hacéis aquí vuestro servicio?—le pregunté.

—Porque estoy obligado de todos modos a seguir en filas… y para los pobres un salario doble es cosa de importancia,—contestó.

El capitán vivía con mucha economía. Ni jugaba a las cartas, ni bebía más que de tarde en tarde, ni, aunque fumador, gastaba mucho en tabaco, que siempre compraba de la peor calidad.

El capitán no era uno de esos hombres que se hacen simpáticos al primer momento, aunque su fisonomía era alegre y tranquila, de esas que agradan al observador para estudiarlas con detenimiento; pero, después de nuestra primera conversación, experimenté por él un verdadero sentimiento de admiración y de profundo respeto.

II. Una causa de alegría

A las cuatro de la mañana del día siguiente vino a buscarme el capitán. Llevaba una americana de corte antiguo y muy usada, sin charreteras, pantalón largo y ancho, gorro alto, blanco, de paño y ya muy sucio. El sable asiático, que llevaba colgado a la espalda, estaba bastante mal conservado. Montaba un caballo blanco que, cuando iba al trote, bajaba la cabeza y agitaba sin cesar la corta cola. No obstante ser poco marcial el gesto y la figura del capitán a caballo, expresaba también tal indiferencia por cuanto le rodeaba que no podía menos de causar un involuntario respeto.

No le hice esperar. De un salto subí sobre mi caballo y juntos franqueamos la puerta fortificada de la población.

El batallón estaba a distancia de unas doscientas *sagenas* y parecía una gran masa negra, compacta y movible. Adivinábase que era la infantería la que estaba en marcha, por el brillo de las bayonetas, las canciones que entonaban los soldados, cuyo eco llegaba de vez en cuando a nuestros oídos, el ruido del tambor y la soberbia voz de tenor del maestro de coro de la sexta compañía, que miles de ratos deliciosos me había hecho pasar cuando estaban en la fortaleza. El camino se abría a través de una garganta ancha y profunda por la orilla del río, que por allá corría, o mejor, se desbordaba caudalosamente. Alrededor revoloteaban en bandadas los palomos silvestres, ya deteniéndose en los peñascos que formaban la orilla del río, o perdiéndose de vista después de trazar en el aire anchos círculos. El sol no había despuntado aún, pero del otro lado de la garganta comenzaban a apagarse los astros. Las piedras grises y blancas, el musgo de un amarillo verdoso, la maleza que crecía por todas partes estaba cubierta de rocío; todo, en fin, resalta-

ba con extraordinaria precisión ante la luz que transparentaba la neblina de la mañana. El efecto era contrario si se dirigía la vista al lado opuesto, donde el fondo cubierto por un tupido velo de densa neblina aparentaba a intervalos la humareda de un monte en combustión, y el ramaje humedecido por el rocío proyectaba sombras iluminadas por extraña irización de colores: lila pálido, casi negro; verde oscuro, blanco y otros sin fin que le daban variedad y extraordinaria belleza. Allá lejos, frente a nosotros, sobre el azul oscuro del horizonte, veíase destacarse perfectamente con sus más insignificantes detalles, el conjunto de la naturaleza al amanecer y las montañas coronadas de nieve con sus manchas oscuras, elegantes, esbeltas… Los grillos, moscardones y millares de insectos corrían por entre la hierba llenando el aire con la estridencia de sus continuos cantos. Hubiérase dicho que un sin fin de campanillas sonaban al oído. El aire estaba impregnado de olores de toda clase… en una palabra, notábase en todo la belleza de una mañana de verano.

El capitán rozó una cerilla de madera y encendió su pipa. El aroma del tabaco y del azufre me agradaron por la vez primera.

Cabalgamos al trote a lo largo del camino para unirnos cuanto antes a la infantería. El capitán parecía más pensativo que de ordinario; apretaba con los dientes el extremo de la pipa y fustigaba al caballo que, balanceándose gallardo, dejaba un rastro apenas perceptible sobre la hierba alta y húmeda. De sus mismos pies salió un faisán, y con ese grito singular y el fuerte aleteo que hace estremecer involuntariamente al cazador experto, se remontó por los aires, suave y dulcemente. El capitán no le hizo caso.

Habíamos ya casi alcanzado al batallón, cuando oímos aproximarse a nosotros el galope de un caballo. De pronto, se nos presentó delante un gallardo mancebo, muy joven, vestido de oficial y cubierta la cabeza con gorro blanco. Poniéndose junto a nosotros, sonrió, hizo al capitán el saludo de ordenanza y picó espuelas… Yo no tuve más que el tiempo indispensable para ver que se sentaba en la silla y llevaba las riendas de la cabalgadura con un particular donaire; tenía hermosos ojos negros, nariz pequeña, muy fina, y bigote naciente. Lo que más me gustó en él fue su sonrisa al observar que le mirábamos. Por solo ese detalle, se podía asegurar que era muy joven.

—¿Dónde va ese ahora?—se preguntó con aire enfadado el capitán, sin separar la pipa de la boca.

—¿Quién es ese?—pregunté.

—El subteniente Olenín, un oficial subalterno de mi compañía. El mes pasado salió de la Academia.

—Entonces, es la primera vez que sale de operaciones,—contesté.

—¡He ahí la causa de su contento!—dijo el capitán moviendo la cabeza como en señal de lástima.—¡Qué cosa es la juventud!

—¿Y por qué no ha de alegrarse? Creo que ha de ser esto muy interesante para un oficial joven.

El capitán calló algunos momentos.

—¡Es lo que me admira en la juventud!—dijo en voz baja.—¿Por qué alegrarse de una cosa que se desconoce? Cuando se ha tomado parte en muchas acciones de guerra, entonces ya no gusta salir para hacer frente al enemigo. Hoy, por ejemplo, somos veinte los oficiales que tomamos parte en la expedición y con seguridad varios de entre nosotros seremos muertos o heridos. Hoy yo, mañana él, al día siguiente un tercero. ¿Y esto puede ser causa de alegría?

III. El valeroso Rosenkrantz

El sol brillante salía de entre las montañas y comenzaba a iluminar la pradera por entre la cual marchábamos; dispersábanse las ondulantes nubes de neblina, y comenzaba a calentar el sol. Los soldados marchaban despacio por el camino lleno de polvo, con el fusil y el saco a la espalda. En las filas no se oía más que de vez en cuando las conversaciones picarescas y las risas de los soldados. Algunos de los viejos, oficiales en su mayoría, vestidos con blancas túnicas caminaban con la pipa en la boca por el borde del camino y hablaban de cosas serias. Las carretas enormemente cargadas, deslizábanse arrastradas por tres hermosos caballos, que avanzando suavemente levantaban una espesa nube de polvo. Los jefes cabalgaban en primer término; algunos de ellos *djiguitaban*, como dicen en el Cáucaso, esto es, que incitando al animal, le hacían saltar cuatro veces seguidas para luego parar en seco vueltos de cara al regimiento; otros ocupábanse de música y a pesar de empezar a ser asfixiante la temperatura, entonaban canciones que se sucedían sin cesar.

A cien *sagenas* de la infantería, sobre un hermoso caballo blanco, iba al frente de la caballería tártara, un oficial gallardo y arrogante en traje asiático. Conocíasele en el regimiento como hombre de un valor extraordinario, *capaz de cantar las cuarenta al hijo del sol*. Llevaba un dolmán negro guarnecido de bordados de oro, botas bordadas, pantalones nuevos y ajustados que ceñían sus piernas, una *tcherkeska* amarilla, gorra alta echada hacia atrás y el pecho y espalda llenos de bordados de plata; por delante le pendía la caja de pólvora y en la espalda llevaba colocadas dos pistolas; en el cinto llevaba encerrado, en un estuche de plata, otra pistola y un puñal; en el cos-

tado izquierdo un hermoso sable y colgado a la espalda el fusil enfundado en un estuche negro. Por sus vestidos, su compostura, en general por todos sus movimientos, veíase que deseaba parecer un verdadero tártaro. Hasta hablaba a los tártaros que iban a su lado, en un idioma para mí desconocido. Pero las miradas alegres y burlonas que sus acompañantes cambiaban entre sí, parecíanme significar que no le comprendían. Era uno de los nuevos oficiales, valeroso *djiguita* instruido con arreglo a las fórmulas de Marlinski y Sermontov. Esos hombres no veían el Cáucaso más que a través del prisma de *Los héroes de nuestro tiempo* de Mulla-Nuz, y en todos sus actos se conducían por su propio criterio sugestionados por sus modelos.

Así, por ejemplo, gustaba el teniente de frecuentar la relación de señores aristocráticos, de hombres importantes, generales, coroneles, mariscales y estoy seguro de que hacía esto por la ambición que le dominaba hasta el más alto grado; y aún considerando como su deber dispensar protección a todos esos personajes, jamás caía en grosería extrema. Cuando llegaba a sus oídos que en el pueblucho donde iba de destacamento había alguna señorita, rondaba su casa acompañado de amigos y lanzaba en voz alta todo género de imprecaciones e injurias para que le miraran las gentes reparando en sus bellas formas y porte distinguido, siempre con su camisa roja, y los pies desnudos en sus botas ricamente bordadas.

Algunas veces, acompañado de dos o tres *honrados* tártaros, se pasaba la noche en las montañas y ponía guardia en los caminos para insultar a los transeúntes más sosegados, sin escuchar la protesta de su corazón que le decía no haber en ello la menor prueba de valentía; pero estimaba necesario hacer sufrir a todos aquellos seres que le desagradaban o que prometía odiar y perseguir.

Jamás se separaba del puñal que llevaba oculto entre la camisa y del cual no se desprendía ni aun para dormir, ni de la imagen que colgaba de su cuello. Sabía con certeza que multitud de enemigos le acechaban. Su mayor satisfacción la cifraba en averiguar si tenía que vengarse de alguien o lavar con sangre algún ataque a su caballerosidad. Profesaba la convicción de que todo sentimiento de ira, de venganza, de desprecio al género humano, eran los más nobles, los más poéticos sentimientos que pueden albergarse en el alma de un ser superior a todos los otros; pero su amante, una circasiana que conocí más tarde, aseguraba que el teniente era el hombre mejor y más dulce de la tierra, que todas las tardes trasladaba al papel sus Memorias,

echaba sus cuentas sobre papel rayado y puesto luego de rodillas imploraba la bendición de Dios. ¡Y qué de sufrimientos no le atormentaban solo por presentarse a sí mismo tal como quería ser, al ver que sus compañeros y hasta los mismos soldados no querían comprenderle!… Una noche, en una de sus acostumbradas excursiones a orillas del camino con sus *kunak*, acaeció que cayó herido un pacífico thetchenze a consecuencia de una bala que le atravesó una pierna y además quedó hecho prisionero. Siete semanas después el herido fue trasladado a casa del teniente y este le cuidó y le veló como si se tratase de su mejor amigo. Una vez curado el enfermo, lo puso en libertad después de colmarle de regalos. Otra vez en una expedición, cuando el teniente rodeado de sus soldados retrocedía defendiéndose del enemigo, oyó que uno de estos pronunciaba su nombre y que salía del grupo contrario el jefe que acababa de ser herido, haciéndole señas de aproximarse. El teniente, llegándose a donde estaba su contrario, le estrechó la mano. Los *abreks* permanecían alejados y sin disparar, pero apenas hubo vuelto el caballo cuando hicieron una descarga y una bala le hirió en la espalda. También otra vez, en un destacamento, hubo un incendio que dos compañías de soldados trataban en vano de apagar. De pronto por entre el gentío apareció la gigantesca figura de un hombre a caballo iluminado por el reflejo del incendio. Cuando estuvo cerca del lugar del siniestro, picó espuelas al caballo y desapareció con él por entre el edificio en llamas. Minutos después salía con el pelo y los codos quemados, aprisionando en su pecho dos palomos a los cuales había salvado del fuego.

Llamábase Rosenkrantz, pero con frecuencia hablaba de su origen, que hacía remontar hasta la época de los Variag, asegurando que sus abuelos eran verdaderos rusos.

IV. Un alto en el camino

El sol había hecho la mitad de su carrera y, a través del aire caliente, lanzaba sobre la tierra seca sus abrasadores rayos. El cielo, de un azul oscuro, aparecía límpido, y solo por encima de las montañas nevadas comenzaban a formarse algunas nubecillas de un color blanco lila. El ambiente apacible parecía poblarse de polvo transparente. El calor hacíase insoportable. Llegadas a un pequeño arroyo que cruzaba el camino, las tropas hicieron alto. Los soldados, puestos los fusiles en bandolera, arrojáronse al agua pareciendo que querían secar el riachuelo. El comandante del batallón sentado a la sombra, sobre un tambor, expresando su semblante la autoridad propia del mando que ejercía, dispúsose en unión de algunos oficiales a devorar una torta. El capitán se tendió sobre la hierba a la sombra que proyectaba el carro de la compañía. El valiente oficial Rosenkrantz y algunos tenientes novatos instaláronse sobre los capotes tendidos en tierra y prepararon una gran fiesta, como podía verse ya por las botellas y frascos colocados a su alrededor y por la animación particular de los cantadores, que formando un círculo y acompañados de ligeros silbidos entonaban una danza caucasiana, la melodía de *Sezguinka*.

Camilo se quiso sublevar,
Hace de esto algunos años;
Tra la la, tra la la,
Hace de esto algunos años…

Entre estos oficiales hallábase también el joven subteniente que nos había saludado por la mañana. Estaba muy contento; brillaban sus ojos, trabábasele la lengua, quería abrazar a todo el mundo, demostrar su cariño…

¡Pobre muchacho! No sabía aún cuán ridícula resulta esa franqueza, esa libertad que con todos demostraba, atribuida por los demás no a la afección y al querer, como él pretendía, sino a la burla y al desprecio. Tampoco sabía, en cambio, que cuando loco de contento se arrojaba sobre el capote y, apoyando la mano en el suelo echaba atrás su larga cabellera negra, estaba extraordinariamente hermoso…

Dos oficiales, sentados en una banqueta, jugaban a las cartas sobre una mesa que habían improvisado con el toldo de una carreta y algunos palos. Escuché con curiosidad la conversación de oficiales y soldados, siguiendo con el mayor interés la expresión de sus semblantes. Pero en ninguno hallaba ni siquiera sombra de la inquietud que a mí me atormentaba. Bromas, risas, cuentecillos picarescos, todo era bulla y algazara, como expresión de la indiferencia hacia el peligro próximo, como si nadie quisiera pensar en que tal vez algunos ya no pisarían más aquel camino.

V. Mis primeras impresiones

A las siete de la tarde, llenos de polvo y fatigados, penetramos por las enormes puertas que guardaban la fortaleza de N… El sol se ocultaba, arrojando sus oblicuos rayos de un color rosa sobre el castillo y las baterías, sobre los pueblos que rodeaban el fuerte, sobre los campos cultivados y amarillentos, y aun sobre las blancas nubes que envolvían las montañas cubiertas de nieve, imitándolas y formando una cadena no menos pintoresca y sorprendente.

En el pueblucho situado junto a las puertas de la fortaleza, un tártaro subido sobre el tejado de una capilla llamaba a los fieles a la oración. Los coristas cantaban ya con su acento duro y enérgico.

Después de descansar algunos momentos y arreglada mi *toilette*, fui a casa de un ayudante de campo amigo mío para pedirle que explicara al general la intención que me animaba. Al pararme en las afueras del fuerte, vi lo que no esperaba… Un precioso coche de dos asientos en que se divisaba un gran sombrero a la moda y en el que se oía una conversación en francés, pasó veloz por delante de mí. Por la ventana abierta de la casa del comandante llegaban hasta mí los acordes de una *Lisenka* o *Katenka-Polka* ejecutada en un desafinado piano. En la tienda de un vendedor de vino por delante de la cual pasaba, algunos empleados estaban sentados teniendo delante unos vasos de vino y oí que uno de ellos decía a otro: «Si me lo permitís, os diré que, en cuanto a la política, María Gregorievna es la primera mujer de nuestra tierra». Un judío encorvado, de cara repugnante, cubierto el cuerpo con un abrigo viejo, arrastraba un organillo deshecho y quejumbroso que llenaba con su desagradable ruido aquellos alrededores tocando el final de

Lucia. Dos mujeres de crujientes faldas, chales de seda y elegantes sombrillas claras en la mano, marchaban con paso menudo por las aceras entarugadas. Dos muchachas, la una vestida de rosa y la otra de azul, estaban en el umbral de una casita coquetona riendo desaforadamente con el propósito de llamar la atención de los oficiales que pasaban. Los militares, con chaqueta nueva, guantes blancos y brillantes espuelas, transitaban alegres por calles y paseos.

En el piso bajo de la casa habitada por el general encontré el amigo a quien buscaba. Tan pronto como le hube explicado mis deseos, que él creyó fáciles de cumplir, salimos a la ventana, y en aquel punto pasó el coche que yo había visto al entrar en la población. Abriose la portezuela del vehículo y dio paso a un gran señor, alto, elegante; vestía uniforme de infantería con hombreras de Estado Mayor, y pasó a las habitaciones del general.

—Ya me perdonaréis si os dejo,—dijo el ayudante de campo;—pero debo anunciar una visita al general.

—¿Quién es?—le pregunté.

—La condesa,—contestó. Y abrochándose la bata corrió precipitadamente escalera arriba.

Minutos después vi en el portal a un hombre de estatura regular, guapo; vestía de americana, sin más insignias que una cinta blanca en el ojal de la solapa. Tras él salieron el Mayor, el ayudante de campo y dos oficiales. La actitud, la voz, los movimientos todos del general mostraban a un hombre que tiene conciencia de su elevado cargo.

—Buenas tardes, señora condesa,—dijo tendiendo la mano por la portezuela del coche.

Una mano pequeña, enguantada, estrechó la que le ofrecían y una cabecita fina y hermosa, con sombrero amarillo, asomó a la ventanilla.

De toda la conversación, que duró algunos minutos, no oí más que la despedida del general al alejarse.

—Ya sabéis que he hecho voto de perseguir a los *infieles*; cuidado con ser uno de ellos.

Del coche salió una carcajada.

—Adiós, querido general.

—No, sino hasta luego,—dijo el general. Y subiendo ya la escalera añadió.—No olvidéis que me invito para la *soirée* de mañana.

El coche se alejó.

«He ahí un hombre, pensaba al dirigirme a mi casa, que tiene todo cuanto ambicionan los rusos: Graduación elevada, riquezas, nobleza… y este hombre, en vísperas de un combate, que sabe Dios el resultado que tendrá, ríese con una mujer a cuya casa promete ir a tomar el té al día siguiente, como si él fuese el encargado de la dirección del baile».

En la misma casa del ayudante encontré a un hombre cuya presencia no dejó de extrañarme; era un subteniente del regimiento de K…, conocido por su carácter tímido, casi afeminado. Estaba en casa del ayudante de campo manifestando su despecho, su indignación contra aquellas gentes que, según él, se valían de la intriga para evitar que le enviasen a combatir. Decía que era cobarde tal manera de proceder, calificábalo de falta de compañerismo y aseguraba que se acordarían de él. Fijeme en la expresión de su rostro, sin olvidar las inflexiones de su voz, pero me fue imposible percibir en él el menor rasgo sospechoso, convenciéndome de que estaba realmente enfadado y entristecido porque no le dejaban ir a luchar contra los circasianos… Estaba tan triste como un chiquillo injustamente castigado… Me quedé sin comprenderlo.

VI. En plena oscuridad

Las tropas debían salir a las diez de la noche. A las ocho y media monté a caballo y fui a casa del general. Pero suponiendo que este y su ayudante estarían ocupados, me quedé en la calle. Até el caballo a una reja y esperé, sentado en un margen que formaba la calle, la salida del general y su Estado Mayor para unirme a ellos.

El calor y la claridad del sol habían dejado paso al fresco de la noche y a la luz indecisa de la luna nueva que, rodeada de un círculo mate, se mostraba a la ventana del cielo azul oscuro tachonado de estrellas. En los balcones de las casas brillaban grandes luces, que iluminaban la elegante entrada de los jardines. A lo lejos las blancas chozas, con sus techos de cañas iluminados por la luna, parecían más hermosas y también menos blancas.

Las largas sombras de las casas, de los árboles y de las cercas, caían graciosamente sobre el camino claro, polvoriento… En la orilla del río las ranas cantaban[1] sin interrupción. En las calles se oía ora el paso acelerado o la animada conversación de los transeúntes o el galopar de un caballo. De las afueras llegaba el eco del destemplado organillo tocando *El soplo de los vientos* o *Aurora Walser*.

No diré cuáles eran mis pensamientos; primeramente porque me daría vergüenza confesar las negras ideas que aguijoneaban mi alma ante el contraste de satisfacción y contento que parecía desprenderse de cuanto me rodeaba; y segundo, porque no hace al caso para el relato de mi historia. Estaba tan absorto en mi meditación que no me fijé en que el reloj había dado ya

las once y que el general y su séquito habían pasado por delante de mí hacía muy largo rato…

Todavía se hallaba la retaguardia en la puerta del fuerte, sobre el puente, y era imposible abrirse paso por entre los cañones, carros y carretas de las compañías que se agrupaban y cuyos oficiales corrían dando órdenes en todas direcciones; cuando hube franqueado las puertas, conduje mi caballo al trote por entre la larga hilera de soldados que avanzaban en silencio en medio de la oscuridad y apenas los hube dejado atrás me uní al general, que con su Estado Mayor marchaba a la cabeza de los expedicionarios. Al pasar junto a la artillería con sus cañones alineados, y por entre los oficiales que cabalgaban junto a las piezas, oí una voz alemana de entonación agradable, gritando con una armonía dulce y grave. Esta voz decía: «¡Demonio… dadme fuego!» Y un soldado repuso en voz alta: «¡Chertchenko! el teniente pide fuego».

El cielo comenzaba a cubrirse a grandes trechos de nubes de un gris oscuro, entre las cuales brillaban algunas estrellas pálidas… La luna ocultábase en el horizonte tras las negras montañas que se percibían a la derecha, lanzando sobre la cima una débil luz temblorosa que contrastaba con la oscuridad impenetrable que cubría sus vertientes. El aire era cálido y tan suave que parecía no mover ni la menor hierbecilla ni la nube más ligera, y se hacía tan densa la oscuridad que a la más corta distancia era imposible definir los objetos. A los lados del camino no se veía más que enormes peñascos y sombras extravagantes y si me daba cuenta de que atravesaba un arroyo era por su dulce murmullo y por el frescor del rocío que nos cubría. Ante mí, vi de pronto como una negra cortina compacta, vacilante, y enfrente de ella se agitaban algunas sombras; era la vanguardia de la caballería y el general con su séquito. Una masa tan oscura como la primera, pero más baja, que se movía ante nosotros, era la infantería. Dominaba en el destacamento un silencio tal que se percibían perfectamente todos los sonidos de la noche llenos de encanto y de misterio. Los aullidos lejanos y quejumbrosos de los chacales parecidos a desesperados gemidos o groseras carcajadas; el canto monótono y triste de los grillos y ranas, un murmullo indefinible cuya causa no me pude explicar y que cada vez se escuchaba más próximo; en una palabra, todos los rumores nocturnos, apenas percibidos, de la naturaleza que no se pueden comprender ni definir, confundíanse en una melodía grave, hermosa, que nosotros llamamos la calma de la noche. Aquel silencio inter-

rumpíase o mejor se confundía con el ruido sordo de los zapatos y el crujido de la hierba producido por el destacamento en su lenta marcha.

En filas casi no se notaba ni el ruido de los grandes cañones, ni el sonido de las bayonetas al entrechocarse, ni las conversaciones en voz baja, ni el relinchar de los caballos.

La naturaleza respiraba belleza y fuerza íntimamente combinadas.

¿Es poco para los hombres vivir en un mundo tan bello, bajo este inconmensurable cielo estrellado? ¿No basta el encanto de la naturaleza, que es preciso poner en el alma del hombre los sentimientos de perversión, de venganza, de deseos de destruir a su semejante?

Todo cuanto hay detestable en el corazón humano debería desaparecer al simple contacto de la naturaleza, expresión la más exacta de lo bello y de lo justo.

---

1. Las ranas del Cáucaso emiten sonidos que no tienen nada de común con el producido por las ranas de Rusia.—*N. del A.*

VII. Nace el día y suenan los primeros tiros

Llevábamos dos horas de marcha y ya comenzaba yo a estar inquieto y adormecido. Entre las sombras se dibujaban siempre los mismos objetos indefinidos. A la misma distancia siempre las montañas y las nubes; cerca de mí la grupa de un caballo blanco que con la cola levantada y las patas traseras esparramadas sostenía a un hombre a quien tuve siempre de espaldas; vestía el traje blanco del *therkes*, sobre el cual llevaba un fusil enfundado dejando ver también el blanco mango de una pistola cubierta por una bordada funda; el fuego del pitillo alumbraba sus rubios bigotes y las manos con guantes de piel de ciervo se arreglaban con frecuencia el limpio cuello. Me acomodé sobre mi caballo, cerré los ojos y permanecí así algunos instantes, hasta que el rumor de algo conocido y ciertos movimientos suaves tornáronme a la realidad. Miré alrededor y me pareció que estaba parado y que la oscura masa que me precedía dirigía sus pasos hacia mí y quise ocultarme. Entonces percibí un continuado rumorcillo, cuya causa no me pude explicar de momento… y era la corriente del agua. Entramos en una garganta profunda y nos aproximamos al riachuelo, entonces desbordado, que arrastraba el agua de las montañas.

El ruido aumentaba, la hierba humedecida era más alta y espesa, más frecuentes los arroyos, el cielo se cerraba con más rapidez. De vez en cuando iluminábase el fondo negro de las montañas por ligeras lucecillas que desaparecían de súbito.

—¿Harías el favor de decirme qué significan esas luces?—pregunté a un tártaro que caminaba a mi lado.

—¿No lo sabéis?—respondió.

—No.

—Son los habitantes de las montañas que atan paja a un madero y después de encendida la agitan en el aire.

—¿Y para qué hacen eso?

—Para que todos sepan que han llegado los rusos. En este momento están sufriendo horriblemente en el pueblo,—añadió sonriendo.—No saben dónde ocultar sus riquezas.

—¿Se sabe ya en la montaña que está próximo a llegar el destacamento? —pregunté.

—¿Cómo no? Lo saben todo… Así son los nuestros.

—¿Entonces, Chamil se hallará ya dispuesto a la resistencia?

—No,—dijo moviendo la cabeza.—Chamil no se presentará en el sitio de la contienda; enviará a sus subalternos y él con su anteojo presenciará el espectáculo desde la más elevada cima.

—¿Habita muy lejos de aquí?

—No. Ahí mismo, a la izquierda, a unas diez *verstas*.

—¿Cómo sabes todo eso?—le pregunté.—¿Acaso has estado allí?

—Sí. Todos nosotros somos de la montaña.

—¿Y has conocido a Chamil?

—Los soldados no le ven nunca. Está rodeado de cien, de trescientos, de mil hombres que forman su Estado Mayor. Chamil queda siempre en el centro,—dijo con expresión de respeto.

Dirigiendo la vista a lo alto podía verse cómo el cielo se iluminaba con un tinte blanquecino hacia el este, mientras la Osa Menor descendía en el horizonte. Sin embargo, el sitio por el cual marchábamos estaba muy húmedo y muy oscuro todavía. De pronto, a algunos pasos delante de nosotros, el brillo de antorchas y el silbido de las balas vinieron a romper el silencio de

la monótona tranquilidad de la noche; a esto sucedió un gran vocerío. Era el piquete de la vanguardia enemiga. Los tártaros al oír la señal, prorrumpieron en terribles gritos, dispararon al aire y emprendieron la fuga…

Todo quedó en calma. El general llamó al intérprete. Un tártaro con túnica blanca se acercó a él y ambos hablaron durante largo rato en voz baja y con muchos gestos.

—Coronel Khassanov, dad la orden de que avancen los tiradores,—dijo el general con voz entrecortada y lenta, pero firme.

El destacamento llegó hasta la ribera. La enorme garganta de las montañas negras quedaba ya atrás. El día comenzaba a despuntar. El horizonte, en el cual brillaban aún algunas estrellas apenas visibles, parecía elevarse. En oriente, una luminosa ráfaga llena de vibrante color brilló un momento; un airecillo suave, fresco y oloroso, sopló por el oeste y la niebla, ligera como un vapor, empezó a elevarse sobre la húmeda ribera.

VIII. Comienza la batalla

El guía indicó el camino a la vanguardia de caballería, luego el general y su séquito comenzaron a atravesar el río. El agua llegaba al vientre de los caballos, que chocaban contra las blancas peñas que se elevaban en algunos puntos, y formaba entorno de las patas de los caballos rizadas abrazaderas de espuma. Las bestias, aturdidas por el ruido del agua, levantaban la cabeza con las orejas altas, marchando a pasos acompasados y prudentes por entre la amenazadora corriente. Los jinetes recogían las armas y encogían los pies. La infantería, en camisa, llevaba en un paquete sobre la espalda los vestidos y fusiles, cogíanse por la mano unos a otros en filas de veinte y con esfuerzo que se pintaba en su semblante procuraban vencer la corriente. La artillería, lanzaba a grandes gritos los caballos, que chapoteaban en el agua. Los cañones y carros de municiones, bajo los cuales serpenteaba el río, crujían sobre el lecho de piedras. Por fin, los valientes caballos con la cola y las crines mojadas, salieron del agua y ganaron la opuesta orilla.

Cuando las tropas hubieron atravesado el río, el rostro del general adquirió una expresión pensativa y grave. Volvió su caballo y uniéndose a la caballería salió al galope por la inmensa pradera rodeada de bosques que se abría ante nosotros. Los cosacos dispersáronse por los más escondidos senderos.

En el bosque vimos a un hombre a pie, en traje circasiano y gorra del país; luego un segundo, y un tercero… Un teniente murmuró: «Esos son tártaros».

A través de los árboles se levantó una nubecilla de humo… un tiro… otro… Nuestros repetidos disparos ahogaban los del enemigo. Pero las balas con su prolongado silbido, semejante al vuelo de una abeja, corriendo hacia nosotros, demostraban que no todos los tiros salían de nuestro bando. Marcha la infantería precipitadamente… La artillería al trote se extiende en línea de combate. El estampido del cañón, el sonido metálico de las granadas, el ruido de los disparos, el traqueteo de los fusiles al recibir la carga, todo se oye en horrible confusión. Caballería, infantería, artillería extiéndense a los lados en una gran esplanada. El humo de los cañones, de las ametralladoras, de los fusiles, se confunde con la verdura toda cubierta de rocío y con la húmeda neblina.

El coronel Khassanov corre al galope en busca del general.

—Excelencia,—dice llevándose la mano a la gorra.—Ordenad el avance de la caballería; se divisan *señales*[1].

Y con la mano extendida designaba algunos tártaros a caballo delante de los cuales dos hombres cabalgaban sobre blancas monturas, ostentando dos palos en cuya punta dos trozos de tela, roja y blanca, servían de juguete al viento que producía su veloz carrera.

—¡Con la protección de Dios! Ivan Mikhailovitch…—dijo el general.

El coronel hizo dar media vuelta a su corcel y esgrimiendo la espada gritó: ¡Hurra!

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!—repitieron de todos lados mientras la caballería volaba tras él.

Todos contemplaron con interés aquel movimiento… He ahí otro banderín… dos… tres… cuatro…

---

1. Las *señales* tienen para los montañeses casi la importancia de una bandera, con la sola diferencia de que cada *djiguita* puede fabricarse una señal especial y enarbolarla.—*N. del A.*

IX. Termina la batalla

El enemigo, sin esperar un nuevo ataque, desapareció entre el bosque y desde allí comenzó el fuego de fusilería. Las balas silbaban sin interrupción.

—¡Qué admirable golpe de vista!—dijo el general montando a la inglesa sobre su caballo de finas patas.

—¡Encantador!—repuso el Mayor, y achuchando a la bestia se colocó al lado del general.—¡Es hermosa una batalla en un país tan bello!

—Y sobre todo cuando se está bien acompañado,—repuso el general con amable sonrisa.

En aquel mismo instante una bala enemiga cortó los aires con su silbido rápido y fue a chocar contra algún cuerpo. Detrás nuestro se oyeron los gemidos de un hombre herido… Me impresionaron hondamente aquellos ayes y para mí perdió todo su encanto el espectáculo guerrero que ante nosotros se desarrollaba. Mas, al parecer, nadie se dio cuenta del hecho. El Mayor parecía reír aun con más satisfacción; un oficial continuaba indiferente su charla; el general miraba hacia el lado opuesto y sonriendo tranquilamente pronunció algunas palabras en francés.

—¿Dais permiso para contestar a sus disparos?—dijo agitándose sobre su caballo el jefe de la artillería.

—Sí, dadles un buen susto,—contestó impasible el general, encendiendo un cigarro.

Avanzaron las baterías y comenzaron el bombardeo. La tierra se estremecía a cada disparo, el fuego brillaba sin cesar y el humo que ocultaba las

piezas y los artilleros nos cegaba por completo.

Terminado el bombardeo del pueblucho, el coronel Khassanov pide nueva licencia al general y se lanza al asalto. Grandes gritos de guerra atruenan el espacio y la caballería desaparece entre la nube de polvo que levanta.

El espectáculo era verdaderamente grandioso. Mas para mí, que ni intervenía en la acción ni estaba acostumbrado a ello, había en la batalla un *algo* muy reprochable, contra la opinión general: la alegría y los gritos que lanzaban los soldados me parecían cosa superflua.

Involuntariamente los comparaba a un hombre que, esgrimiendo un hacha, pretendiera cortar el aire.

X. La entrada triunfal

Las tropas habían ya conseguido apoderarse del pueblucho; pero los enemigos no estaban ya en él cuando el general, con su acompañamiento entre el cual figuraba yo, se posesionaba del lugar conquistado.

Las casas altas, limpias, con sus tejados cubiertos de musgo y sus esbeltas chimeneas, habían sido construidas sobre un terreno pedregoso y desigual por el que atravesaba un riachuelo. De un lado se veían los huertos iluminados por la luz del sol con sus enormes perales y ciruelos. Del otro, dos cosas extraordinarias: unos muy elevados peñascos que sirven de límite al cementerio, y unas largas astas de madera con banderas y banderines acribillados, que dan sombra a los restos de los *djiguitas* muertos.

Algunos soldados alineáronse en el portal, y enseguida se dispersaron, por las calles del pueblo, toda una bandada de dragones, cosacos y otros militares que radiantes de júbilo se entregaban a su alegría de vencedores. Las calles y plazas un momento antes desiertas, volvían a poblarse de gente… Aquí se hundía un tejado, golpeaba allá el hacha la madera resistente y una puerta caía hecha pedazos por la fuerza del hombre. Más lejos las llamas devoraban un granero repleto de heno, un pajar, una choza y columnas de humo envenenaban el aire. Acullá, un soldado arrastraba un saco de harina y una alfombra: otro, de cara alegre, llevaba al hombro un cubo de latón y un paño. Este, con los brazos abiertos, procuraba coger dos gallinas que cacareando huían. Aquel había encontrado en un rincón una enorme vasija de leche y después de beber cuanta quiso arrojaba el pote al suelo prorrumpiendo en estridentes carcajadas.

También se encontraba en el pueblo el batallón con el cual había yo abandonado la fortaleza de N… El capitán, sentado en medio de una plazoleta, echaba bocanadas de humo de su pipa repleta de tabaco de la peor especie, con un aire tan indiferente que al verlo se olvidaba uno de que estaba en un pueblo enemigo, creyendo hallarse en su propio país.

—¿También estáis vos aquí?—exclamó al verme.

La gallarda figura del teniente Rosenkrantz se dejaba ver en todas partes, recorriendo sin cesar el pueblo. Sin detenerse, daba órdenes con el aspecto de un hombre muy ocupado. Como César triunfante, salió de una casa seguido de dos soldados que conducían maniatado a un enemigo anciano. El tártaro, que por toda vestidura llevaba una camisa harapienta y un pantalón lleno de remiendos se hallaba en un estado tal de debilidad que sus delgaduchos brazos sujetos a la espalda parecían romperse y las piernas arqueadas y desnudas apenas si podían sostenerle. Su cara y parte de la cabeza que llevaba afeitados dejábanle al descubierto profundas cicatrices; la boca era deforme, desdentada, rodeada de blancos y recortados bigotes y luenga barba; sus mandíbulas agitábanse sin cesar como si comiera algo. Mas en sus ojos enrojecidos, desprovistos de pestañas, brillaba una luz singular que demostraba su indiferencia por una vida que otros tanto apreciaban.

Rosenkrantz preguntábale, por medio del intérprete, por qué no había huido con sus compañeros.

—¿Dónde ir?—dijo con aspecto tranquilo.

—Donde estén los otros,—objetó alguien.

—Los *djiguitas* salieron a batirse con los rusos, pero yo soy muy viejo.

—¿No tienes miedo a los rusos?

—¿Qué me harán? Soy muy viejo,—dijo, dirigiendo la vista con tranquilidad al círculo que se formaba alrededor suyo.

XI. La gran victoria

Después de la retreta, observé cómo aquel viejo, con la cabeza aún desnuda y las manos atadas, tembloteaba atado a la silla de un cosaco y miraba en torno suyo con la misma expresión indiferente. Era preciso retenerlo para el canje de prisioneros.

Subí a la plaza y me senté junto al capitán.

—Me parece que los enemigos no eran muy numerosos,—dije con el propósito de conocer su opinión sobre el asunto.

—¡Los enemigos!—exclamó extrañado.—¡Pero, si no los hay! ¿A esos llaman enemigos?… ¡Ah! ya veréis esta tarde cuando nos vayamos, como todos nos acompañan y salen a despedirnos,—añadió designando con la pipa los bosques que habíamos atravesado aquella misma mañana.

—¿Qué ocurre allá abajo?—pregunté con curiosidad interrumpiendo al capitán y señalándole un grupo de cosacos que no lejos de nosotros formaban círculo en torno de alguna cosa.

Desde donde estábamos nosotros se oían gritos parecidos al sollozo de un niño y las palabras:

—¡Eh! no pegues… Espera… Van a descubrirnos… ¿Tienes un cuchillo? ¡Evstigneitch, dame un cuchillo!

—Se reparten algo esos bandidos,—dijo tranquilamente el capitán.

Pero en el mismo momento, con la cara llena de espanto, se presentó el guapo subteniente que nos había saludado por la mañana y moviendo des-

aforadamente las manos se lanzó entre los cosacos.

—¡No le toquéis! ¡No le peguéis!—gritaba con su voz infantil.

Al oír la voz del oficial, los cosacos escaparon dejando caer de sus manos un cabritillo blanco. El joven subteniente, emocionado, balbuceó algunas palabras y todo confuso se quedó inmóvil ante el animalito.

Al vernos al capitán y a mí, aumentó su rabia y, corriendo hacia nosotros, nos dijo con voz entrecortada:

—Creí que mataban a un chiquillo,—y se sonrió tímidamente.

XII. En marcha otra vez

El general marchó delante con la caballería. El batallón con el cual había yo dejado la fortaleza de N… quedaba a retaguardia. Las compañías del capitán Kalopov y del teniente Rosenkrantz se pusieron juntas.

La predicción del capitán fue confirmada. Apenas habíamos entrado en los estrechos senderos del bosque que él me había indicado, cuando de todas partes salieron montañeses a pie o a caballo y se situaron tan cerca de nosotros que distinguíamos perfectamente cómo algunos de ellos, encorvados y con el fusil a la espalda, corrían de un árbol a otro.

El capitán se descubrió y devotamente hizo la señal de la cruz. Algunos soldados viejos le imitaron. Por el bosque se oían aullidos y gritos de: «¡Eh! ¡a los rusos! ¡Que están ahí, corramos!» Los tiros secos, sordos, de fusil, se sucedían y las balas silbaban por todos lados. Los nuestros contestaban, en silencio, con un fuego alternado. En las filas más cercanas solo se oía de vez en cuando alguna reflexión de este género: «¿Desde dónde tiran *ellos*?[1] Tienen ventaja de que se ocultan en el bosque…» etc.

Los cañones se pusieron en línea, y tras algunos cañonazos, el enemigo pareció alejarse, sin perjuicio de que momentos después y a cada paso que avanzaban las tropas, los disparos de fusil, los gritos y las exclamaciones aumentasen hasta el más alto grado.

Estábamos ya a la distancia de unas trescientas *sagenas* del pueblo, cuando comenzaron a volar sobre nosotros los proyectiles enemigos. Vi cómo un soldado caía muerto por una granada… Pero, ¿a qué pintar al detalle este horrible cuadro, cuando yo mismo pagaría su olvido a cualquier precio?

El teniente Rosenkrantz disparaba su fusil sin descansar un momento. Con voz ronca estimulaba a los soldados, corriendo de un lado a otro de las filas. Estaba pálido y esto daba más vigorosa expresión a su rostro sudoroso.

El guapo subteniente estaba encantador. Sus hermosos ojos negros brillaban de ira; la boca marcaba una ligera sonrisa y se aproximaba sin cesar al capitán, pidiéndole con impaciencia permiso para atacar a la bayoneta.

—¡Los rechazaremos!—decía al capitán con pleno convencimiento.—¡Los rechazaremos!

—No hace falta,—respondía tranquilamente el capitán.—Debemos retirarnos…

---

1. *Ellos* es la palabra generalmente empleada por los soldados del Cáucaso para designar al enemigo.—*N. del A.*

XIII. ¿Cómo no tener miedo?

La compañía que mandaba el capitán ocupaba la orilla del bosque, y a largos intervalos hacía fuego contra el enemigo. Vestido con la vieja guerrera y el gorro apabullado sujetaba las riendas del pequeño caballo blanco, y con las piernas cruzadas permanecía inmóvil y silencioso. Los soldados conocían tan bien su obligación que para nada necesitaban órdenes. Algunas veces levantaba la voz para reñir a los que volvían atrás la cabeza. El aspecto del capitán era poco arrogante; pero denotaba tanta franqueza y sencillez que me impresionó sobremanera. He ahí «en qué consiste el verdadero valor»,—pensé bien a pesar mío.

Estaba *como le había conocido siempre*: los mismos movimientos tranquilos, la misma voz igual, la misma franca expresión atrevida y tosca. Era en su mirada donde únicamente se podía advertir la atención que un hombre sensato dedica a sus cosas.

No eran todos *exactamente como siempre*, pues, muchas alternativas había observado en los demás. El uno quiere aparentar mayor serenidad que de costumbre, el otro desea estar más severo, un tercero más alegre que de ordinario. Sin embargo, en la misma cara del capitán se veía que él mismo no podía darse cuenta de por qué había de aparentar lo que no era.

El francés que dijo en Waterloo: *La guardia perece, pero no se rinde*, y los demás, héroes franceses en su mayoría, que hicieron frases igualmente famosas, en efecto eran valientes y esas frases reflejan su estado de ánimo en medio de la lucha; pero entre el valor de aquellos y el del capitán hay, a mi juicio, una gran diferencia: que aun suponiendo que estas palabras sur-

gieran en la mente del capitán, él no las pronunciaría. Primero, porque al emitir tan sublimes pensamientos temería disminuir la sublimidad de su acto; y segundo, porque cuando el hombre siente en sí la necesidad de ejecutar una gran acción, no necesita de palabras. Para mí es un rasgo particular muy notable del pueblo ruso. ¿Y qué pesar no inundará nuestro corazón de rusos, cuando oímos en boca de los militares jóvenes frases banales con que pretenden recordar la antigua caballería francesa?

De improviso y por el lado donde se encontraba el guapo subteniente con su sección, oyose en voz no muy fuerte un *¡hurra!* de entusiasmo. Volvime hacia el sitio de donde había salido el grito y vi cómo unos treinta soldados que, con el fusil en la mano y la mochila en la espalda, corrían con gran dificultad por entre los húmedos campos. Resistía el enemigo, pero ellos sin embargo avanzaban y gritaban… Delante de todos galopaba el joven oficial sable en mano.

Todos desaparecieron en el bosque.

Al cabo de algunos minutos, ayes profundos, mezclados con el ruido de las detonaciones y temblores de la tierra, hirieron mis oídos. Un caballo desbocado huía a través del bosque, arrastrando al caído jinete, y por la orilla del camino pasaban soldados que conducían muertos y heridos. Entre estos últimos se hallaba el joven subteniente. Dos soldados le sostenían por los brazos. Estaba blanco como la espuma y su hermosa cabecita, que ya no reflejaba ningún destello del espíritu belicoso que le animaba momentos antes, hundíase entre los hombros y se inclinaba hacia el pecho. Bajo el chaleco desabrochado se distinguía sobre su camisa blanca una pequeña mancha de sangre.

—¡Ah! ¡Qué desgracia!—dije, volviendo la espalda inconscientemente a semejante cuadro.

—¡En verdad que da lástima!—dijo un viejo soldado que, con aire sombrío, apoyado en su fusil, se hallaba a mi lado.—¡No tenía miedo de nada! ¿Cómo era posible?…—añadió, dirigiendo la mirada al subteniente herido. —Fue muy tonto y ahora lo paga.

—¿Y tú, tienes miedo?—le pregunté.

—¿Cómo no tenerlo?

XIV. La muerte de un valiente

Cuatro soldados se llevaban al subteniente en una camilla. Tras ellos otro soldado conducía un caballo flacucho y enfermo que llevaba el botiquín. Oíase la voz del doctor y de los compañeros que reanimaban y trataban de consolar al herido.

—Amigo Olenín, no bailaremos mañana al son de las cucharas,—dijo sonriendo el teniente Rosenkrantz.

Suponía sin duda que sus palabras animarían al guapo subteniente; pero en la expresión fría y triste de la mirada de este último podía comprenderse que no producían el efecto apetecido.

También se aproximó el capitán al lecho del herido. Mirole fijamente, y su cara, siempre indiferente y fría, expresaba en aquellos momentos verdadera compasión.

—¿Qué tal, Anatoli Ivanitch?—le dijo con voz tierna y llena de una piedad que yo no esperaba.—¡He aquí la voluntad de Dios!

El herido volvió la cabeza y su rostro pálido se animó con una triste sonrisa.

—¡Sí, no os hice caso!

—Decid mejor que Dios lo ha querido,—repetía el capitán.

El médico tomó los instrumentos que le había preparado el practicante, y arreglando las vendas, sondas y otros aparatos recogiose las mangas de la camisa, y, pretendiendo animar al enfermo con una sonrisa:

—También a vos os han hecho un agujero donde no lo teníais,—dijo con voz alegre y en tono de guasa.—Vamos a ver qué es eso.

El subteniente obedeció; pero la mirada que dirigió al alegre doctor, expresaba una extrañeza y un reproche que aquel no advirtió.

Comenzaron a sondar la herida; el doctor la examinó por todos lados; pero el joven, que ya perdía la paciencia, rechazó la mano del médico, dejando escapar un sordo gemido…

—Dejadme,—dijo con voz entrecortada;—¡de todos modos me he de morir!

Al pronunciar estas palabras dejó caer la cabeza sobre la almohada, y cinco minutos después, cuando al aproximarme al grupo que se formaba en torno suyo pregunté a un soldado: «¿Cómo está el subteniente?», me contestaron: «¡Ha muerto!»

XV. Nuestro regreso y la llegada de la noche

Era ya tarde cuando el destacamento en masa, formado en gran columna, se aproximaba cantando a la fortaleza. El sol se ocultaba tras la cadena de montañas cubiertas de nieve y lanzaba sus últimos y rojizos rayos sobre las nubes alargadas y estrechas que parecían detener su curso sobre un horizonte claro y transparente. Las montañas cubiertas de nieve comenzaban a desaparecer tras una niebla de color violeta, dibujándose su cúspide con claridad transparente sobre la luz purpúrea del sol al ponerse. La luna, que con extraordinaria coquetería mostraba su cara de alegre trasnochadora, pintábase de blanco en el cielo azul oscuro. El verdor de la hierba y de los árboles se oscurecía al cubrirse de rocío. Las tropas avanzaban en compacta y oscura masa marchando por entre los magníficos campos. De todos lados se oían los atabales, tambores y clarines, y los alegres cánticos de los soldados. La voz del jefe de coros de la sexta compañía vibraba con toda su fuerza en sus notas altas de tenor, llenas de sentimiento y vigorosas, para perderse melancólicas en el aire transparente de la noche.

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción castellana anónima publicada en las *Obras completas de León Tolstoi*, tomo III, *Ocho relatos* (Barcelona, Carbonell y Esteva, 1905), «nueva versión castellana» hecha sobre la traducción francesa de J. W. Bienstock revisada por P. Biriukov, a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive. Las ilustraciones no se reproducen. Las notas a pie de página proceden de esa edición.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web